



www.loqueleo.com/ec

© 2026, María de los Ángeles Boada

© De esta edición:

2026, Santillana S. A.

Vía a Nayón y De Los Granados

Centro Corporativo Ekopark. Torre 5, piso 5

Teléfono: 2 3350 356

Quito, Ecuador

Parque Empresarial Colón

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-50-203-2

Impreso en Ecuador por

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Enero 2026

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Andrea Carrillo Andrade

Ilustración: Cardenilla

Corrección de estilo: Alejo Romano y Felipe Cucalón

Diagramación: Kaloyan Amores

Cuaderno de actividades: Carla Véjar

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

¡Se han llevado mi diente!

María de los Ángeles Boada



loqueleo

*A mi Otomama, porque a pesar de estar
muy lejos, sigue siempre tan cerca.*

Índice

Capítulo I	11
Capítulo II	13
Capítulo III	15
Capítulo IV	19
Capítulo V	25
Capítulo VI	29
Capítulo VII	43
Capítulo VIII	47
Capítulo IX	51
Biografía	55
Cuaderno de actividades	57



I

Un día como cualquier otro, Paco empezó a sentir algo raro en su boca mientras se comía una manzana. Era algo así como un dolor, pero no uno fuerte, sino un dolor... flojo. Preocupado, fue directo al baño, se paró delante del espejo y abrió su boca grande, enorme, como si fuera un cocodrilo. Entonces, tocó sus dientes uno a uno y pronto se dio cuenta de que el que le molestaba estaba justo delante de su lengua. Lo movió despacio y con cuidado, como hacía con las tazas de la cafetería donde trabajaba su mamá, y

comprobó que, definitivamente, estaba flojo. Sintióse terriblemente asustado, Paco salió del baño en busca de auxilio.

—¡Mamááá..., se me aflojó un diente!
—gritó mientras entraba a toda carrera en la cocina de la cafetería.

12 Y aunque Paco pensó que su mamá se desmayaría del susto al escuchar la terrible noticia, ella miró con atención dentro de su boca, movió con delicadeza el diente y le dijo con calma:

—No te preocupes, mijo, es normal que a los niños se les aflojen los dientes de leche. En unos días se te caerá y el Ratón Pérez te dejará una sorpresa.

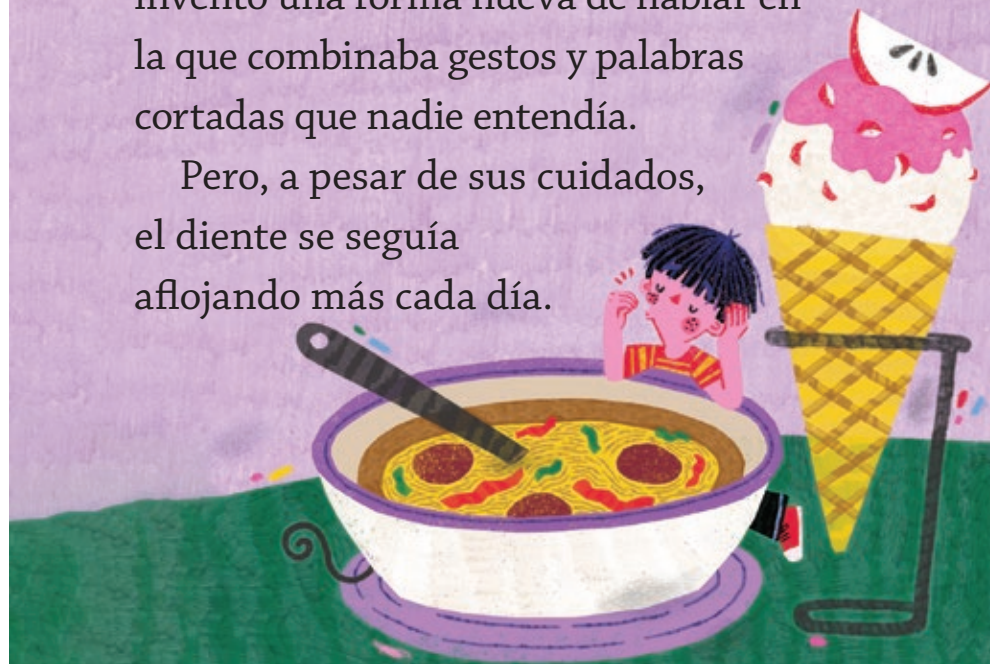
Pero a Paco no le parecía nada normal tener un diente moviéndose adentro de su boca. ¡Tienen que estar clavados en la encía!

II

Paco pasó los siguientes días tratando de no masticar nada, por lo que tuvo que cambiar la pizza y las manzanas por sopa, puré y helado. Y para evitar empujar el diente con la lengua, se inventó una forma nueva de hablar en la que combinaba gestos y palabras cortadas que nadie entendía.

Pero, a pesar de sus cuidados, el diente se seguía aflojando más cada día.

13



III

Tanto así que una noche, mientras se lavaba la boca, Paco descubrió que era divertido mirarse en el espejo y hacer bailar el diente con el cepillo. Y las clases se volvieron menos aburridas, ya que, mientras la profesora daba la lección,

14 Paco se dedicaba a moverlo con el borrador del lápiz, tratando de empujarlo cada vez más hacia atrás.

Una noche, al ver que el diente estaba ya bastante flojo, su mamá le propuso sacárselo con el hilo dental.

—No te va a doler, mijo, vas a sentir solo un jaloncito y enseguida vendrá a visitarte el Ratón Pérez —le dijo, tratando de convencerlo.

Pero Paco se opuso tajantemente. Su diente se caería cuando le tocara caerse. ¡Ni un segundo antes!

El momento llegó en el primer recreo de la última semana de clases. Mientras Paco masticaba un chicle, movió su lengua y sintió que tenía un hueco donde antes había estado su diente. Pensó en lo peor: que se le había caído o, más grave aún, que se lo había tragado. Estuvo a punto de romper en llanto, cuando notó que había algo duro pegado al chicle. Así que lo sacó con cuidado de su boca y, para su tranquilidad, ahí estaba el diente.

15

Paco respiró aliviado y corrió al baño a lavarlo y sacar los rastros de chicle

para mostrárselo a sus amigos, quienes se acercaron a mirarlo con curiosidad y asombro.

—¡Te quedó un huecote en la mitad de la boca! —exclamó Luis.

—¿Te dolió mucho? —le preguntó Ana.

—Sí, muchísimo —dijo Paco, aunque la verdad es que no había sentido nada.

—¡Te lo cambio por mi pelota!

—propuso Leo.

—¡Ni loco! —respondió Paco—. Esta noche se lo dejaré al Ratón Pérez y él me va a dar una gran sorpresa.

Fue un día maravilloso. Nunca se había sentido tan importante, pues, como fue el primero del grado en perder un diente, todos sus compañeros lo trataron como a un héroe, y la profesora hasta lo hizo pasar al frente de la clase para felicitarlo y darle un premio.



IV

Al llegar a casa, su mamá lo recibió entusiasmada, pero también un poco apenada: 19

—Mi pequeño Paco se está convirtiendo en un niño grande —le dijo, mientras miraba el hueco que había quedado en la boca de su hijo—. Pon el diente debajo de la almohada y mañana podrás ver la sorpresa del Ratón Pérez.

Esa noche, Paco se metió a su cama emocionado y, antes de apagar la luz, miró su diente con atención.

Era asombroso: blanco, como de marfil, con una caries diminuta y un huequito en el filo. Se sintió orgulloso, como cuando observaba las medallas que le daban por participar, aunque fuera como suplente, en el equipo de fútbol.

20 Paco puso el diente bajo su almohada con cuidado y se durmió contento, esperando la gran sorpresa que le dejaría el Ratón Pérez.

¡Y vaya que fue una sorpresa! Al día siguiente, cuando levantó su almohada, en lugar de su diente encontró una horrible moneda de un dólar.

—¡Mamááá! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡El Ratón Pérez se robó mi diente!

Su mamá entró al cuarto preocupada y miró debajo de la almohada.

—Mira, hijito, no te lo robó. Te dejó una moneda.

—¿Un dólar? Mi diente valía mucho más que eso. ¡Es un robo!

—¡Ay, mijo! Cuando veas la cantidad de dulces que te vas a poder comprar con esa moneda vas a cambiar de opinión —le dijo su mamá, tratando de animarlo.

Pero Paco no pudo comprarse ningún dulce, porque en cuanto llegó a la escuela, vio que lo esperaba en la puerta el grandulón más peleón de la clase.

—Hola, chimuelo. Me contaron que el Ratón Pérez te dejó una enorme sorpresa a cambio de ese diente feo que se te cayó ayer. Pues vas a tener que compartirla conmigo si no quieres perder otro diente —le dijo, enseñándole su fuerte y gordo puño.